

I. Introducción: de las hipótesis a las metodologías

1. Fútbol y patria: el fútbol como máquina cultural

Cuando el Campeonato Mundial de Fútbol de 1998 desplegaba todas sus pompas, sus chauvinismos, sus espectacularismos, su televisibilidad, apareció en el diario *Perfil* de Buenos Aires una columna de Beatriz Sarlo titulada "Una comunidad llamada Nación". En él Sarlo anticipaba algunos de los argumentos que quiero retomar: básicamente, esa función de complementariedad que el fútbol parecía cumplir respecto de las mitologías e instituciones que habían construido, históricamente, una "identidad nacional" argentina —recordando el grado de provisoriedad, inestabilidad, no-esencialidad de esa construcción. Sarlo señalaba que, trabajosa y muchas veces autoritariamente, la sociedad argentina había construido la "comunidad imaginada" de la que habla Benedict Anderson en torno de ciertas mitologías básicas:

Como sea, había Nación. Los argentinos se identificaban con una serie de proposiciones que tenían mucho de mitológico pero también eficacia aglutinadora: frente a la Europa de posguerra, éste era el país de la abundancia, donde se comía como en ningún otro lugar de la tierra; frente al resto de América Latina, éste era el país de la clase obrera industrial, de las capas medias cultas, del consumo más alto de diarios y libros, de la plena alfabetización y del pleno empleo (Sarlo, 1998a: 3).

Pero a mediados de los sesenta, ese imaginario comienza a deteriorarse aceleradamente, por el fin del proyecto industrialista —y especialmente, por el surgimiento de Brasil como potencia industrial latinoamericana—; por el desprestigio institucional, producto de los golpes de Estado y de la debilidad de nuestras democracias; por la violación sistemática de los derechos ciudadanos, hasta el atropello masivo de los derechos humanos más elementales durante la última dictadura. Y especialmente la

crisis de la escuela pública "...que es una crisis cultural y de financiamiento, puso en discusión nuestro lugar como nación culta"; finalmente, "el último giro neoliberal liquida las bases de la ciudadanía social universal y garantizada por el Estado".

El cierre del artículo de Sarlo retoma la argumentación sobre el fútbol, en la clave que estoy proponiendo:

Queda bastante poco de lo que la Argentina fue como nación. Las instituciones que producían nacionalidad se han deteriorado o han perdido todo sentido. Pasan a primer plano otras formas de nacionalidad, que existieron antes, pero que nunca como hoy cubren todos los vacíos de creencia. En el estallido de identidades que algunos llaman posmodernidad, el fútbol opera como aglutinante: es fácil, universal y televisivo. No es la nación, sino su supervivencia pulsátil. O, quizás, la forma en que la nación incluye hoy a quienes, de otro modo, abandona.

En ese mismo 1998, la aparición de un nuevo libro de Sarlo me sugirió una línea de argumentación, o al menos una metáfora. El libro se titula *La máquina cultural* y en él se revisan tres instancias de lo que, según la autora, constituyen distintas "máquinas culturales" que han funcionado, con mayor o menor eficacia a lo largo de la historia argentina, con mayor o menor intensidad o explicitación, como constructores de nacionalidad. La revisión de la historia de una directora de escuela pública argentina en los años veinte, de la gigantesca operación de traducción de la escritora Victoria Ocampo entre los treinta y los cincuenta en la revista y editorial *Sur*, y de una experiencia de cine de vanguardia en los sesenta, le permite analizar los variados funcionamientos que en distintos momentos de la cultura adquieren operadores clásicos de producción –imposición, consolidación, reproducción– de imaginarios.

No me interesa revisar aquí la manera en que Sarlo analiza esos funcionamientos, la eficacia de esas operaciones (más fuertes o más débiles según el caso). Sí quiero retomar la metáfora: ¿puede proponerse al fútbol, en la línea que estoy sugiriendo, como *la máquina cultural posmoderna*? En los ejemplos de Sarlo, la escuela, la traducción cultural y la vanguardia trabajan como instituciones modernas; se podría agregar el sindicalismo, la política, el universo del trabajo, la clase. En los míos, se puede postular la posibilidad de una operación de homología, un desplazamiento que es de grado y es temporal. Como analizaré más adelante, la utilización del fútbol como máquina cultural productora de nacionalidad no es reciente sino que arranca en los años veinte, de manera contemporánea a la máquina escolar. Pero la diferencia de grado está en su

centralidad: el fútbol no constituye, en ese entonces, ciudadanos nacionales con la misma eficacia, intensidad y privilegio simbólico que la escuela pública –se podría agregar: también con menos autoritarismo. ¿Hasta hoy? ¿Se puede afirmar que esa relación se ha invertido exactamente? Incluso: ¿puede afirmarse que la capacidad del fútbol para imponer los significados nacionales trabaja, a su vez, con similar autoritarismo al de la vieja escuela pública, gracias a su mediación/imposición televisiva, a su expansionismo indetenible que parece no dejar resquicios en la cultura de nuestra sociedad?

Sobre la metáfora de la máquina cultural trabajan estos argumentos. Intento así desarrollar una doble hipótesis: por un lado, que la construcción de identidades –históricamente masculinas, pero hoy también femeninas– en la Argentina están atravesadas por el fútbol como causa primera. A la vez, que esas identidades juegan hoy en una tensión entre procesos de tribalización fragmentadora y la construcción de una representación nacional, en un momento particular de la historia que ha sido definido como *etapa global* de la cultura y de la economía.

2. Identidades: pluralidades y centralidades

En la historia de la invención de una *identidad nacional* argentina, como intentaré demostrar, el fútbol funcionó a lo largo del siglo XX como un fuerte *operador de nacionalidad*, como constructor de narrativas nacionalistas pregnantes y eficaces, en general con un alto grado de coherencia con las narrativas estatales de cada período. Esta coherencia –esta relación– merece detenernos un momento. El fútbol no es una narrativa *estatal* hasta que arribemos, como veremos, a las etapas dictatoriales; se trata de prácticas *paraestatales*, en un universo de medios de comunicación de carácter eminentemente privado, que sin embargo tributan a una hegemonía construida principalmente por los aparatos estatales. En las dictaduras, la supresión de la autonomía de la sociedad civil –de su capacidad de producción discursiva por fuera de la palabra autoritaria– reduce esa distancia a cero. Así, propongo analizar esta problemática en cada etapa histórica.

De la misma manera, el fútbol fue un eje eficaz de identidades locales que encontraron en él –en sus prácticas y sus repertorios culturales, en la invención de una cultura futbolística, de una tradición, de un *estilo nacional* y a la vez de variados estilos locales– un punto de articulación. Sin embargo, esa posibilidad identitaria convivió durante esa historia con otros núcleos en torno de los cuales construir narrativas de identidad;

como sociedad moderna y tempranamente urbanizada, aunque periférica, la identidad podía construirse en torno de la clase, de la política, de la edad, del trabajo, de los consumos culturales; con más dificultades, en torno del género o de la etnia. O de sus combinaciones, como lo demostró la aparición de un *movimiento de rock nacional* a fines de los años sesenta, intersectando la nación, la edad y los consumos culturales. La identidad argentina se basó en la pluralidad y la ubicuidad, en la coexistencia de relatos variados que permitieran –mucho antes de que la posmodernidad pusiera en el tapete su posibilidad– múltiples mecanismos para construir identidades, aunque de carácter más estable y duradero que los contemporáneos. Un relato fundamental: *el ascenso social*, relato integrativo y fundamental para una sociedad primero inmigratoria –de los europeos en la Argentina– y luego migratoria –de los provincianos en Buenos Aires. Complementariamente: *la inclusión*, el repertorio de narrativas que incluían sujetos en una sociedad que se pensaba sistemáticamente como un poco más democrática. Basados en aparatos estatales y paraestatales –básicamente: la escuela y la industria cultural–, estos relatos de identidad inventaron una Argentina que, no sin desgarros y fuertes conflictividades, como veremos, se quiso moderna, abierta a *todos los hombres de bien que quieran habitar el suelo argentino...* fundamentalmente a los hombres, claro, en tanto se trató de relatos masculinos administrados por su propietarios.

En los últimos diez años, como intentaré analizar, y contemporáneamente con el profundo giro neoconservador de la sociedad argentina, la exclusión y la desintegración han pasado a ser los síntomas dominantes. En términos de sus operadores de identidad, hallamos la crisis de legitimidad y financiamiento de la escuela pública, que la desplaza como soporte por excelencia del relato de inclusión estatal; y del mundo del trabajo, por la desocupación estructural que ha expulsado –¿definitivamente?– a pingües cantidades de argentinos del mercado laboral. El retiro del Estado, el dismantelamiento de un *Estado de Bienestar* sin bienestar y poco Estado, ha privado a la población –especialmente, a sus clases populares– de su cobertura de servicios (educación, salud, agua, electricidad, gas, vivienda) sin la existencia de algún mecanismo compensatorio (algún seguro de desempleo). Los sindicatos, otrora operadores fuertes de una identidad trabajadora fabricada durante el peronismo, pero a la vez importantes proveedores de servicios de salud y bienestar que complementaban los servicios estatales, entraron en una crisis terminal por la desaparición de sus cotizantes –una clase obrera que ya no se reconoce a sí misma ni económica ni culturalmente– y por su vacío de legitimidad,

habiendo sido colaboradores entusiastas de su propio dismantelamiento. La sociedad civil, aún titubeante luego de la experiencia radical de exterminación y terror de la dictadura de 1976-1983, no ha podido articular respuestas alternativas, más allá de las posibles en sectores aún privilegiados de las capas medias.

Este vacío material, porque determina condiciones de vida cotidiana harto difíciles, significa a la vez un vacío simbólico, porque implica el escamoteo de un discurso que volvía a los sujetos *pueblo*, y en esa operación *ciudadanos*. Hoy, esos sujetos son interpelados simplemente como *consumidores*. Consumidores materiales, en el caso de que cierta precaria adherencia los mantenga del lado de *adentro* del consumo; simbólicos, universalmente, por la acción de los medios de comunicación, pero en una operación que señala simultáneamente sus posibilidades –todos podemos ser narrados por los medios– y sus límites: pocas voces tienen, en realidad, acceso a ser representadas. Ante la ausencia de relatos inclusivos, entonces, a excepción de la falacia televisiva, las posibilidades de la identidad se astillan, se multiplican, se vuelven un espejo trizado. El fútbol, espacio de la identidad cálida que sólo pide una inversión de pasión a cambio de un relato de pertenencia sin mayores riesgos, se torna identidad primaria; no un relato entre los otros, sino el único sentido –trágico– de la vida.

De la misma manera, la Argentina se torna un país incapaz de articular un proyecto de inclusión material y simbólico de sus ciudadanos, que re-coloque a una comunidad en crisis en una *globalidad* crítica –porque supone la re-discusión y radicalización de las relaciones centro-periferia, simultáneamente más democráticas y horizontales en lo imaginario, y penosamente más excluyentes en sus relaciones económicas y de poder. Así, la Argentina no puede proponer ni un horizonte de expectativas ni un proyecto de incorporación al mundo, a excepción de la retórica vacía y menemista del *regreso al primer mundo* –el caso inédito de regresar a donde nunca se perteneció... Pero el vacío de sentido es lo intolerable: para reemplazar esa ausencia, los medios de comunicación encuentran un relato vicario, el fútbol, ahora expansivo e indetenible, máquina de capturar sujetos –públicos– e interpelarlos como hinchas, única forma posible, al parecer, de la ciudadanía.

Este trabajo quiere narrar esta serie de pasajes, analizar sus mecanismos, deconstruir sus gramáticas de producción. Intentaré, entonces, describir los caminos para lograrlo.

3. Caminos, primera versión: historia(s) y periodización

Este libro se piensa como un trabajo de análisis cultural. Porque define como objeto una zona –que entiende privilegiada– de la cultura contemporánea, porque intenta producir hipótesis que interpreten esa cultura –en algunas de sus partes, pero con pretensiones de totalidad–, porque trabaja sobre textos y utiliza metodologías específicas de este tipo de interpretación. Y porque, siguiendo la definición clásica de Geertz, entiendo la cultura como una red de significados y su análisis como “una ciencia interpretativa en busca de significaciones”.

Para ello, dos son los caminos que sigo: primero, una descripción y análisis sobre la serie histórica, que permitan respaldar las lecturas sobre la contemporaneidad; segundo, la utilización como corpus de múltiples tipos de textos.

La cuestión histórica es central: entiendo con Williams que “cualquier sociología de la cultura apropiada debe ser una sociología histórica” (Williams, 1982: 31). No hay manera de entender el objeto propuesto sin atender a los modos como se fue constituyendo en el tiempo, en su doble juego de práctica autónoma –el surgimiento de un “campo deportivo”, en términos de Bourdieu– y de argumento de nacionalidad, como intentaré demostrar. Si el fútbol funciona como máquina cultural, como soporte y argumento de una identidad nacional, entiendo con Archetti que “la identidad nacional o étnica está vinculada a prácticas sociales heterogéneas (guerra, ideologías de partidos políticos, la naturaleza del Estado, libros de cocina, o deporte) y producida en tiempos y espacios discontinuos” (Archetti, 1994b: 239). Esa discontinuidad temporal, entonces, se debe reponer en el análisis histórico.

Pero no lineal: mi argumentación avanza por saltos, a partir de definir una serie de nudos –que entiendo– centrales, que suponen una periodización provisoria del fútbol argentino, y al mismo tiempo delimitan el período cubierto por este trabajo. Ellos son:

- a. la fundación mitológica del fútbol (contemporánea con una fundación mitológica de la Nación) en los años veinte del siglo pasado;
- b. el profesionalismo y la popularización extendida, entre 1930 y 1940;
- c. el peronismo y el primer estatismo deportivo, entre 1945 y 1955;
- d. la crisis de las narrativas futbolísticas contemporánea de los proyectos desarrollistas y de los experimentos autoritarios en la Argentina de los años sesenta;

- e. el neo-esencialismo reaccionario de la dictadura 1976-1983;
- f. el ciclo maradoniano, entre 1982 y 1994;
- g. la contemporaneidad, desde el retiro de Maradona hasta la actualidad.

Esta propuesta de periodización supone trabajar sobre dos ejes simultáneos y complementarios, uno de ellos endógeno –el que supone recortes temporales sujetos a la lógica de la historia futbolística, por ejemplo los mundiales– y otro exógeno, siempre relativo a la serie política. El uso simultáneo de ambos criterios implica una afirmación: la serie deportiva y la serie política no son autónomas entre sí, y en determinadas ocasiones –el caso de la última dictadura es la mejor prueba– la serie política se erige en dominante, en tanto su lógica ordena todas las prácticas. En otros casos, en cambio –el ciclo maradoniano es el mejor ejemplo–, la importancia de un caso o figura deportiva ordena el campo del significado. La periodización de la historia futbolística no ha sido problematizada en la Argentina –la *historia* no ha sido trabajada, salvo parcialmente por Julio Frydenberg y Eduardo Archetti; pero en general, esta periodización es asumida acríticamente por el discurso periodístico, subsumiendo los años que van de 1930 a 1957 en una así llamada *edad de oro* del fútbol argentino. El rol de esta Arcadia imaginaria será analizado oportunamente.

4. Caminos, segunda versión: las narrativas de la patria

A su vez, volviendo a Archetti, la heterogeneidad de las prácticas sociales que producen una identidad nacional nos conduce a un segundo camino. Archetti sostiene en *Masculinidades* que una etnografía de sociedades modernas –como la que propone realizar sobre la “invención” de una masculinidad argentina– exige una atención múltiple sobre textos diversos. Lejos de la etnografía clásica, las sociedades modernas –letradas y complejas– se leen en soportes disímiles: lo oral, pero también lo escrito y lo televisivo.

El propio trabajo de Archetti no puede ser leído –y reclama no serlo– como una etnografía tradicional:

La práctica de la antropología en los contextos de “pequeñas tradiciones” implicaba un énfasis en el estudio de prácticas orales: hablar, cantar, rezar. [...] Sin embargo, en contextos de “grandes tradiciones”, los discursos sociales estaban y están soportados o expresados a través de la escritura. Los antropólogos que trabajan en sociedades complejas

con amplias tradiciones literarias se confrontan con una variedad de textos. [...] Enfrentados con esta densa jungla textual, las estrategias de investigación pueden variar: el énfasis en el consumo de los textos se concentra en el impacto de la lectura, mientras que el énfasis en la producción de los textos permite la discusión de las implicancias de la escritura en el diseño de formas culturales. Así, cualquier teoría cultural necesita reflexionar sobre la multiplicidad de escrituras, porque las identidades, o la relación entre el yo y lo social, están también creadas y recreadas a través de la escritura y la lectura. Consecuentemente, es relevante preguntarse de qué manera los textos literarios pueden afectar la comprensión antropológica de un contexto sociocultural dado (Archetti, 1999: xii).

En el mismo sentido, me propuse la combinación del trabajo de campo etnográfico –la entrevista a informantes calificados– con el análisis textual, con el eje puesto sobre la manera cómo el significado social es producido como resultado del cruce de textos y oralidades variadas, y no como una simple operación de representación. La construcción de narrativas resulta así un proceso múltiple y complejo, de producción, circulación y reconocimiento de textos diversos. Y las narrativas mismas se vuelven el objeto a través del cual podemos producir una indagación sobre los imaginarios sociales hegemónicos o subalternos, centrales o periféricos, en momentos históricos determinados.

La idea de estudiar cómo una comunidad imagina la nación en trayectos temporales extensos está basada, aunque con reservas, en la argumentación de Homi Bhabha:

Estudiar la nación a través de su discurso narrativo no llama meramente la atención sobre su lenguaje y su retórica: también intenta alterar el objeto conceptual en sí mismo. Si el problemático ‘cierre’ de la textualidad cuestiona la ‘totalización’ de la cultura nacional, entonces su valor positivo yace en desplegar la amplia diseminación a través de la cual construimos un campo de significados y símbolos asociados con la vida nacional (Bhabha, 2000: 213-4).

Entiendo con Bhabha que el papel del lenguaje en la construcción de lo nacional es central, adquiriendo carácter performativo: si las palabras hacen cosas, ciertos discursos *crean* naciones y nacionalidades. Benedict Anderson señala un magnífico ejemplo latinoamericano de esta “tentación performativa”: el acto de nominación por el cual el general San Martín, luego de obtener la independencia del Perú, *declara* peruanos a los indígenas andinos y quechua-parlantes, que en su vida habían escu-

chado semejante palabra. Mi reserva respecto de Bhabha se produce en la valoración de esa performatividad: la distancia que separa esta tesis de transformar la nación en un mero acto de habla es muy breve, y la tentación posmoderna por transitarla es enorme. Las narrativas no *son* la nación, ni la producen –no por completo, al menos, en cuanto el discurso encuentra también el silencio como límite, y en ese límite juegan la economía, el territorio, o peor aún, la vida de los hombres y las mujeres. Si son una manera y un lugar adecuados para *leer* –entendiendo el verbo analíticamente– las formas en que esos hombres y mujeres se representan el pasado –a través de la memoria, no necesariamente conservadora– y el presente, y cómo postulan su futuro –a través de la utopía, no necesariamente subversiva. La noción de *representación*, con su consecuencia de *mediación*, es ineludible, tal como la desarrolla Baczko:

A lo largo de la historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, otras tantas ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos, tales como ‘el valiente guerrero’, ‘el buen ciudadano’, ‘el militante comprometido’, etc. Estas representaciones de la realidad social (y no simples reflejos de ésta), inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social (Baczko, 1991: 8).

Y en el caso que nos ocupa, es importante destacar que trabajamos con un tipo específico de narrativas: aquellas que utilizan el fútbol como tópico y excusa. La mediación, entonces, se vuelve doble: si las narrativas sobre la nación no son aquello que narran, aunque permitan leerlo y colaboren en su construcción, las narrativas *futbolísticas* sobre la identidad nacional funcionan como un discurso de segundo orden; y en ese desplazamiento, el establecimiento de una igualdad (fútbol=nación) es imposible. Definitivamente: el fútbol no es la patria... a pesar de los desesperados intentos de algunos de sus intérpretes por suponerlo.

5. Caminos, tercera versión: los soportes, los textos, las lecturas

Tanto en la lectura histórica como en el análisis contemporáneo debí utilizar materiales diversos, en función de su mayor utilidad relativa en cada momento del trabajo. La documentación y las fuentes históricas son privilegiadas en el análisis del momento de fundación, en la década de

1920; el cine ocupa ese lugar en la lectura de los años treinta a setenta, para dejar lugar a otros textos mediáticos (gráficos y televisivos) y la oralidad etnográfica en la contemporaneidad. Se combinan entonces en este trabajo la utilización de investigaciones de carácter histórico –los trabajos de Archetti y Julio Frydenberg sobre la fundación del fútbol argentino, o de Raanan Rein y María Graciela Rodríguez sobre la relación entre peronismo y deporte–, la investigación propia sobre fuentes documentales periodísticas en los años sesenta y setenta, un extenso trabajo de análisis sobre periodismo gráfico y televisivo –y sobre varias ficciones– en el último lustro, junto a los datos extraídos de la observación participante y las entrevistas realizadas con hinchas militantes de fútbol argentino entre 1997 y 2001. Y además, de manera importante, el cine.

En el análisis cultural el cine es una textualidad privilegiada. Una mirada atenta a las maneras como se construyen los sentidos sociales sabe que el cine es uno de sus modos de circulación más importantes durante este siglo. Aún a pesar de su desplazamiento por la televisión, el cine continúa siendo un espacio importante de construcción de imaginarios. Cuando trabajamos con perspectivas históricas, y especialmente cuando analizamos mapas culturales entre los años treinta y setenta, su centralidad es manifiesta.

El análisis cultural de los textos filmicos exige una mirada sobre la especificidad del lenguaje cinematográfico, pero también precisa de la lectura de los filmes como indicios que permitirían la relación con la historia cultural. Mediado por un lenguaje con sintaxis y semanticidad muy específica –como todo lenguaje–, el análisis del cine como objeto cultural no admite ninguna falacia: la vida sigue transcurriendo fuera de la pantalla, y es en su modo de puesta en escena, en aquello que se imagina, donde debemos poner el énfasis. Si entendemos el cine como constructor de imaginarios, ese valor debe desplazar todo error referencialista: el cine –podríamos decir: como la literatura– imagina, sueña, postula. No refleja. En muchos casos, el tamaño del desvío respecto de la historia es lo que cuenta; el cine permite analizar lo que determinados sectores históricos de una sociedad en un momento dado desean, no lo que viven. O, peor aún: el cine puede señalar lo que ciertos sectores de una sociedad *desean que otros imaginen*. Y más importante, al menos para los postulados de este trabajo, para lo que quiero explicar en cada período: el cine permite leer lo que puede ser dicho –*lo que puede ser representado*– en cada momento.

En el caso que nos ocupa, hay dos zonas a explorar. La primera: ¿Cuál es la historia del cine y el deporte? Zonas paralelas de la industria cultu-

ral, motores fundamentales de la producción de imaginarios e identidades, en estos cien años se han cruzado más de una vez, no demasiadas con fortuna. Porque la ficción se ve debilitada frente a la capacidad dramática del deporte real; el suspenso de una definición por penales no puede reproducirse, no sólo por la previsibilidad que cualquier espectador medianamente entendido repone –siempre se sabe quién gana, y son los buenos–, sino porque internamente ese espectador entrenado no puede olvidar que, si el protagonista falla el tiro decisivo, el director ordenará otra toma, hasta la conversión –esa magia que volvía a Sylvester Stallone un buen arquero, en la espantosa película de John Houston *Escape a la victoria*. Pero más interesante es la posibilidad que arriesgo, que pretendo: ¿cómo ha narrado el cine una historia del deporte y la sociedad? O también: ¿puedo narrar una historia del deporte y la sociedad a través de –cierto– cine? Este trabajo sostiene una respuesta afirmativa: al menos entre los años treinta y setenta, a través de ciertos textos seleccionados de forma no aleatoria, sino a partir de la manera en que permiten reconstruir esa historia cultural mayor que los contiene. No hay aquí una “aplicación” cinematográfica de la metodología de Auerbach en su *Mimesis*; pero sí, al menos, aletea su espíritu:

El método de la interpretación de textos deja a discreción del intérprete una cierta libertad: puede elegir y poner el acento donde le plazca. En todo caso, lo que el autor afirma debe ser hallable en el texto. Mis interpretaciones están dirigidas, sin duda alguna, por una intención determinada, pero esta intención sólo ha tomado forma paulatinamente en contacto con el texto, habiéndome dejado llevar por éste durante buenos trechos (Auerbach, 1975: 224).

La segunda zona a explorar es más específica. En el funcionamiento del cine latinoamericano, hay una tarea central que desarrolló, especialmente, entre los treinta y los sesenta: la reposición de un discurso unitario, una ficción de la Nación. Especialmente en naciones de integración débil, con menor presencia de un Estado central en todo el territorio (el caso de México, Colombia o Brasil), pero también en aquellas donde a pesar de esa presencia del Estado las narrativas nacionales pueden encontrar otros soportes –el caso de la Argentina. El discurso de lo nacional circula, en América Latina, por diversos soportes, por diversos actores institucionales, estatales y paraestatales. El cine es también, entonces, en la línea que venimos siguiendo, una *máquina cultural*, un productor de significados nacionales. Igual que la escuela del Estado, la biblioteca pública, el servicio militar, la literatura, la prensa de masas. En Latinoamé-

rica, donde las tasas de escolarización y alfabetización son menores, el peso de los discursos audiovisuales del cine fue mucho mayor.

Sin que eso implique compartir la tesis de Brunner de una “modernidad ágrafa” latinoamericana, por eso mismo frustrada. En la hipótesis de Brunner, la modernización latinoamericana habría sido producida fundamentalmente por la industria cultural audiovisual, a partir de los años sesenta y la irrupción *desarrollista* de la televisión y los capitales norteamericanos en la región; a diferencia de la modernidad europea, basada en la imprenta y la racionalidad cartesiana, la modernidad latinoamericana no sería una modernidad completa porque habría sido generada por un flujo de imágenes, antes que por la morosidad de la escritura y la lectura. Esta hipótesis descuida dos argumentos: el primero, que tomar la modernidad europea como única posibilidad peca, por lo menos, de eurocentrismo. El segundo, más importante a los efectos de este trabajo, es que los procesos de modernización latinoamericanos sufren profundas asincronías: más allá de ciertas coincidencias y similitudes —los fenómenos de hibridación, la insistencia en las discusiones sobre el *problema nacional*, ciertas coincidencias particulares entre Argentina y Uruguay o Perú y Ecuador, por ejemplo—, cada proceso de modernización exige análisis particulares que se niegan a la caracterización en bloque. De la misma manera, debe señalarse la diferencia del caso argentino, donde la alfabetización fue más rápida, anterior y extendida. Esto es lo que me permite, siguiendo a Sarlo, hablar de una *modernidad periférica* en el caso argentino, donde el adjetivo remite a una doble diferenciación: respecto de la modernidad como fenómeno de los países centrales, y del resto de los procesos latinoamericanos.

Por todo ello es que el cine, a pesar de su importancia, no puede convertirse en “centro luminoso del análisis”, parafraseando a de Certeau: no puede ser un único soporte. Debe convivir, debe cruzarse en el análisis con una textualidad múltiple. Que es una textualidad especialmente ficcional: cinematográfica, literaria o televisiva, siempre leída como ficción, permanentemente atento al peligro referencial. Si, como reivindicué, la preocupación de base de mi trabajo son las culturas populares, entiendo que las ficciones mediáticas (o las de un escritor atravesado por las condiciones de producción mediáticas, como es el caso de Roberto Fontanarrosa) se convierten en un soporte fundamental de las narrativas de la nacionalidad entre las clases medias y populares desde comienzos de siglo. Pero las transformaciones —paralelas y cruzadas— del espacio mediático y de los públicos de masas me exigen, nuevamente, la variabilidad de los textos elegidos: son gráficos hasta los años treinta, son cine-

matográficos hasta los setenta, son especialmente televisivos en la contemporaneidad. No sólo por el desplazamiento que opera la televisión; también porque casi no hay ficciones cinematográficas deportivas en los últimos veinte años en la Argentina —aunque en los últimos dos, Maradona ha vuelto a obligarme a ver malas películas en su honor. Un único soporte está ausente de mi selección: la radio, básicamente por la casi imposibilidad de acceder a sus textos históricos.

A pesar de que su objeto son, entonces, los discursos de la industria cultural, este libro no subraya la capacidad de los medios para imponer una narrativa particular, sino que señala que esas narrativas se articulan en los medios, en determinado momento histórico. Entiendo, con Sugden y Tomlinson (1998) que

Las culturas vividas son ellas mismas en gran parte mediatizadas y negociadas a través de fuentes textuales y discursos, pero nunca necesaria o exclusivamente determinadas por ellas. [...] La observación y la interpretación de la naturaleza compleja y cambiante de las culturas futbolísticas en un mundo crecientemente interrelacionado e interconectado puede contribuir a entender las políticas de lo popular y sus relaciones con las identidades sociales, colectivas y populares (171-172).

Los capítulos finales, centrados en el análisis contemporáneo, pretenden contraponer esos discursos con la información etnográfica, que señala distancias y fracturas respecto de los relatos propuestos. Las conclusiones intentan avanzar sobre esta cuestión: el espacio de lo cultural se entiende como un campo de negociación y lucha por la hegemonía, y a pesar de la centralidad que los discursos mediáticos ocupan en la cultura contemporánea —y muy especialmente los deportivos—, esa concepción conflictiva y polémica de lo cultural permanece inalterada. La centralidad de los discursos mediáticos, a pesar de su pretensión de clausura del sentido, sigue sujeta a la apertura y la negociación. El mayor o menor optimismo respecto de las posibilidades de la contestación, la alternativa, la impugnación o la resistencia depende de posiciones más políticas que teóricas. Pero el dato de la negociación es, a esta altura de la teoría, innegable.⁴

Como se verá en el análisis, la multiplicidad textual propuesta supone una lectura zigzagueante, que entra y sale de los textos, que busca

⁴ Remito ampliamente a una tradición de interpretación, no exenta ella misma de polémicas y duras discusiones, originada en los *cultural studies* británicos, que instaló en la teoría cultural el peso de la recepción en la cultura de masas. No es éste el lugar para desarrollar minuciosamente esta tradición, su apología y su crítica —eso sólo sería objeto de otro libro.

construir mapas más amplios, que pretende, antes que agotar un único foco sobre un único relato, reponer una complejidad que el tiempo real continúa transformando incesantemente. El análisis cultural es un continuo juego de interpretaciones, una continua producción de conjeturas a partir de las huellas en los discursos. La riqueza de esos discursos –la inclusión de los textos de los medios y los de sus lectores, de textos hegemónicos y alternativos, de textos estatales y para-estatales, de textos documentales y también ficcionales– y el rigor de su elección y de su análisis deciden la mayor o menor pertinencia de esas conjeturas. Mi trabajo quiso y quiere practicar simultáneamente esa riqueza y ese rigor. De ellas –de que la propuesta se juzgue rica y rigurosa– depende el valor de verdad de mis conjeturas.